

Durante la epidemia de 1858-59 pudimos observar los benéficos resultados que muchos enfermos obtenían con los baños diarios en agua corriente y fresca. Esto pasaba en un lugar de clima caliente; y acaso no sería prudente imitar este ejemplo en los climas fríos, donde la reacción es muy difícil; pero esto prueba que los temores de retrocesión, por causa del frío, son por lo ménos exagerados.

Los casos de complicación, de persistencia exagerada ó excesiva intensidad de la fiebre, de viruela confluyente, ó hemorrágica, requieren la asistencia de un médico ilustrado.

En estos últimos tiempos (*Journal de thérapeutique*, de 25 de diciembre último) M. Bouvier ha preconizado el ácido salicílico, como el específico por excelencia de la viruela, y relata veinte casos de curación con este agente.

La fórmula que emplea es esta:

- Alcohol..... 10 á 15 gramos.
- Ácido salicílico..... 1 gramo.
- Almíbar..... 20 gramos.
- Agua común..... 50 id.

Para tomar una cucharada grande cada seis horas, desde el principio de la erupción hasta el sexto ó octavo día, época en que, á beneficio de este tratamiento, los botones empiezan á marchitarse. Si el médico no interviene sino cuando la erupción está ya muy avanzada, debe ordenarle al enfermo que tome una cucharada de la poción cada cuatro horas.

Las observaciones con que el autor acompaña la memoria que ha presentado á la Academia de medicina de París comprueban la eficacia de esta medicación: la viruela ha terminado siempre de un modo favorable, sin complicaciones y en un término muy corto. Los prácticos deben ensayar tan fácil é inofensiva medicina, que se ofrece al público como el insalvable contraveneno de esta epidemia.

ANTONIO VÁRGAS VEGA,

Profesor de Higiene en la Universidad nacional.

EL CARÁCTER.

POR SAMUEL SMILES.

(Traducción de Venancio G. Manrique).

(Continuación).

El valor combinado con la energía y la perseverancia, triunfa de dificultades que parecen insuperables. Da á los esfuerzos vigor y aliento, y les corta la retirada. Hablando de Faraday, dice Tyndall que "en sus momentos de ardor, formaba una resolución que ponía en práctica cuando se había sosegado." La perseverancia, bien dirigida, se acrece con el tiempo, y cuando es ejercitada de continuo, aun cuando sea por los mas humildes, raro será que no tenga su recompensa.

Es casi del todo inútil confiar en la ayuda ajena. Miguel Angel, al ver morir á uno de sus grandes protectores, dijo: "Empiezo á comprender que las promesas de este mundo no son sino vanos fantasmas, y que lo que hay de más seguro, es tener confianza en nosotros mismos y hacernos hombres de mérito y de valer."

El valor no es en manera alguna incompatible con la ternura. Por el contrario, la benignidad y la ternura han caracterizado á menudo, tanto á hombres como á mujeres que han ejecutado acciones valerosísimas. Sir Carlos Napier renunció á la caza, porque no podía soportar la idea de hacer daño á pobres criaturas que eran incapaces de quejarse. La misma

benignidad y la misma ternura eran notables en su hermano, sir Guillerino, el historiador de la guerra de la Península. (1) Tal era también el carácter de sir Jaime Ontram, apellidado por sir Carlos Napier el "Bayardo de las Indias, sin miedo y sin tacha," uno de los hombres más valientes al par que mas apacibles, respetuoso y lleno de deferencia entre damas, amable con los niños, compasivo con los débiles, severo con los viciosos, pero lleno de bondad para con las gentes honradas y merecedoras. De carácter recto y puro, podía decirse de él lo que Fulke Greville decía de Sidney: "Era un verdadero tipo de virtud, hombre capaz de conquistar, de reformar, de crear, de acometer, en una palabra, las acciones más grandes y más difíciles, y era, sobre todo, su principal objeto el bien de sus semejantes y el servicio de su soberano y de su patria."

Cuando el Príncipe Negro ganó la batalla de Poitiers, en que hizo prisioneros al rey de Francia y á su hijo, les invitó por la noche á un banquete y se empuñó en servirles á la mesa. La conducta y la cortesía caballeresca del valeroso príncipe le granjearon el afecto de sus cautivos, así como su valor le había conquistado sus personas; porque, á pesar de su juventud, el príncipe Eduardo era todo un caballero, el primero y más valiente de su tiempo, modelo digno de ser imitado. Sus dos divisas, *hochmuth*, valor indomable, y *ich dien*, yo sirvo, son clara expresión de sus cualidades dominantes.

El hombre valeroso puede más que otro alguero, hacer gala de su generosidad, porque ésta forma parte de su naturaleza. Habiendo Fairfax, en la batalla de Naseby, arrebatado una bandera de manos de un alférez á quien había derribado en el combate, la dió á guardar á un soldado raso. Este, no pudiendo resistir á la tentación, se jactó delante de sus camaradas de haber sido él quien había tomado el estandarte al enemigo, y como tamaña bribonada llegase á oídos de Fairfax, "Que se apropie ese honor"—replicó el general—"que á mi no me hace mucha falta."

Así Douglas, en la batalla de Bannockburn, viendo á Randolphe, su rival, á punto de ser abrumado por el número de sus enemigos, voló á socorrerle; pero, notando al acercarse que Randolphe y los suyos recobraban ventaja, gritó: "Alto, amigos míos! Hemos llegado muy tarde para ayudarles; no rebajemos el mérito de su victoria afectando querer participar de ella."

(1) Encontramos en su biografía la anécdota siguiente, citada como ejemplo de uno de sus numerosos actos de bondad: "Daba un día un largo paseo en el campo, cerca de Preshford, cuando encontró una chiquilla de unos cinco años, que sollozaba por una taza que se le había quebrado y habíala dejado caer cuando volvía del campo de llevar la comida á su padre, y decía que su madre la castigaría al llegar á la casa, por el daño que había hecho. Luego, con los ojos brillantes de esperanza, miró inocentemente á sir Guillerino, y le dijo: Pero usted puede componerla, no es cierto?"

"Mi padre le explicó á la niña que le era imposible componer la taza, pero que podía reparar el fracaso dándole seis peniques para que comprase otra. Pero como no llevase dinero en el bolsillo, se excusó diciéndola que volviera á buscar á su amiga al día siguiente, en el mismo punto y á la misma hora, y que le llevaría los seis peniques. Recomendó que entre tanto le dijese á su madre, que había visto á un señor que le traería por la mañana el valor de la taza. La niña tuvo en el plena confianza, y se marchó consolada. Al llegar á su casa, sir Guillerino encontró una invitación para ir á comer á Bath al día siguiente por la noche, donde había de estar una persona á quien deseaba ver con particular empeño. Vaciló un instante, y trató de combinar la posibilidad de no faltar á la cita que había dado á la amiga de Bath; pero viendo que no había medio de zanjar la dificultad, escribió diciendo que no podía aceptar la invitación á causa de un compromiso anterior, y nos dijo: No puede dejarse burlada porque le puso en mí toda su confianza."

1451

PROYECTO DE INVESTIGACION
LA PRACTICA PEDAGOGICA
DEL SIGLO XIX EN COLOMBIA